

ATRAPADO EN EL DESIERTO

Fernando Pinto Cebrián

ATRAPADO EN EL DESIERTO

ÁLTERA

EDICIONES

Primera edición: mayo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Fernando Pinto Cebrián

ISBN: 978-84-128538-4-1

ISBN digital: 978-84-128538-5-8

Depósito legal: M-11461-2024

Ediciones Áltera

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A todos los habitantes de la desértica región de la Trab el-Bidán,
quienes, dándome a conocer sin reparo sus costumbres y tradiciones,
me ayudaron a sentir como mías aquellas arenas hostiles.*

Itinerario de Leopoldo Barado en la Trab el-Bidán

----- Camino seguido como cautivo

_____ Camino seguido como hombre libre

1. Naufragio y captura por los *imraguen*
2. Captura por los *Ulad Delim*
3. Captura por los *Erguibat*
4. Cambio de dueño
5. Libertad
6. Primer combate *erguibat/Ulad Delim*
7. Combate con grupo de *imraguem*
8. Segundo combate *Erguibat/Ulad Delim*
9. Combate con bandidos
10. Regreso a España

Superada la desconfianza inicial, las palabras de aquel joven viajero sahariano, que afirmaba ser de mi familia, comenzaron a iluminar la tupida red de mentiras y medias verdades que, escuchadas cuando era niña, rodeaban el viejo recuerdo, esqueleto oculto de la familia, de nuestro antepasado común.

Como prueba portaba un viejo manuscrito que aferraba con fuerza, memoria de las vivencias de nuestro bisabuelo en el desierto.

Diario que, con sus escritos en castellano recogidos en páginas sueltas, secas y amarillentas, envueltas en un cartapacio de solapa forrado de badana, conocido en el Sáhara por *mejfla*, de olor rancio, reluciente por el uso, geoméricamente decorado con tintes vegetales de colores, ahora ya un tanto apagados, rojos, amarillos y negros, fielmente guardado por los suyos en el desierto, no dejaba lugar a dudas.

El texto, garrapateado a mano en la primera página, un tanto difícil de leer por la complicada caligrafía y la tinta desvaída con el paso de los años, autentificaba a su dueño, nuestro bisabuelo, y confirmaba retazos de lo escuchado a mis mayores sobre la existencia de aquel al que citaban como «el desaparecido» por su largas ausencias, caballero sin título, militar en tiempos, rebelde siempre, inquieto, despegado de la familia, aventurero, valiente, amén de inteligente, ambicioso y tenaz.

Así estaba escrito:

«Comienzo este diario en la Isla de Gran Canaria, el 27 de diciembre de 1877, para constancia y recuerdo de mis viajes a las costas Mauritanas».

Y su nombre, «Leopoldo Barado y Alonso de Riobello», debajo de su firma y rúbrica.

A continuación, en el marco de un puerto corto, delineado por

pequeñas casas blancas arropadas por la torre de una iglesia, recortadas sobre unas pequeñas montañas elevadas hacia un cielo lleno de grisáceas nubes, aparecía dibujada, en esbozo a lápiz con resueltos trazos, una goleta de velacho de esbelta figura con los aparejos recogidos sobre sus dos palos; su nombre, La Intrépida, según constaba al margen.

Y más abajo, «Navío, experimentado en singladuras desde las islas Canarias a las costas saharianas, en el que me embarqué, aportando mi persona y mis ahorros, al no poder superar la irresistible tentación de mezclar aventura con negocio».



Su imagen, plasmada en el viejo retrato de estudio, único recuerdo mantenido en la familia que mi abuelo ocultaba en un cajón de su despacho, regresó entonces a mi mente; aquella de un apuesto joven que, impecablemente uniformado de capitán: botas altas de cuero fino con espuelas, pantalón de montar de canutillo, guerrera de cuello alto cerrado, las tres estrellas de seis puntas de su empleo en la bocamanga, cinturón de cuero con cierre de chapa metálica brillante conteniendo en relieve el emblema del Arma de Caballería, guantes blancos y sable de oficial apoyado en el suelo y sujeto con su mano izquierda. No parecía demasiado alto, pero sí se le veía delgado, nervudo, con un cierto aire atlético, aunque un tanto desgarrado.

Del conjunto destacaba la energía de su rostro, su mirada agresiva, inquisitiva, su gran bigote de enhiestas guías y su perilla en una barbilla ligeramente cuadrada, con tal apostura no era difícil imaginarle en acción en cualquier andanza.

Según el relato inicial recogido en el diario, mi bisabuelo había hecho su primera travesía a la bahía de Río de Oro, al sur del Sáhara, el 20 de enero de 1878, viaje que, aunque se desarrolló sin problemas, no fue del todo productivo.

Al parecer de Leopoldo, el comercio con los nómadas indígenas, «tan interesados en el comercio como en la rapiña», dentro de su política de vaivén en los tratos con los cristianos, con los *nasranis*, fue tranquilo, sin más intentos de engaños y robos que los habituales entre aquella «mezcla de gentes de todo tipo, desde algu-

nos *bidán* libres a negros, esclavos huidos y moros, perseguidos por cualquier causa pendiente de justicia: adulterio, robo, agresión de cualquier tipo, asesinato...»; aún así, de su trato aprendió que para negociar cualquier cosa había que tener la cabeza de comerciante avisado cargado de paciencia, dado que el engaño insospechado podía sorprendernos, si no era incluso por la fuerza, en cualquier momento.

Sin embargo, «lo obtenido: algo de oro en polvo, ámbar, bloques de sal, cueros de gacela, goma arábiga e índigo, plumas y huevos de avestruz, pescado seco, más el poco fresco capturado al regreso —los esclavos sudaneses ofrecidos por la tribu bereber de los *zenaga* fueron rechazados—, solo fue de valor suficiente para resarcir los gastos del viaje con el armador, cubrir los pagos a cuenta de las armas y municiones, telas, lonas, mantas, especias, miel, azúcar, trigo, té y algo de plata entregados a cambio, y beneficiar en lo justo a los diez hombres de la goleta».

No obstante, liberados de las deudas iniciales, y como las perspectivas podían ser mejores según las informaciones recibidas de marineros franceses y portugueses que habían regresado recientemente de la factoría de la isla de Arguin con abundante marfil y oro procedente de Cabo Blanco, Portendic y Saint-Louis, allá en la desembocadura del Río Senegal, se prepararía un nuevo viaje, esta vez de mayor duración.

La ruta de cabotaje, costeano la costa sahariana, estaba marcada sobre el mapa dibujado en la quinta página del diario; debajo del dibujo, algunos datos significativos: «... repasar la ruta con el piloto; revisar el armamento; preparar avituallamientos de todo tipo; saber más de la factoría portuguesa en la isla de Tidra; consultar en la Capitanía General de las Palmas de Gran Canaria y a algunos marineros y comerciantes de fiar que hubieran hecho alguna entrada reciente en aquella zona; ver si había algún tratado reciente suscrito con los nativos, aun sabiendo que lo que valía para una ocasión se convertía, a pesar de la solemnidad de su firma, en papel mojado a la siguiente; cuidado con los franceses, ya que sus histo-

rias suelen ser un tanto engañosas; llevar mapas adecuados con la información bien confirmada; preguntar a marinos de experiencia, a otros viajeros y comerciantes, sobre todo a los portugueses, ellos conocen bien esa zona, ya que fueron los primeros en andar por allí...».

Tras el apunte, en la página siguiente, la fecha de partida: «13 de marzo de 1878» y entre paréntesis: «agosto de 1879, recuperación del diario en Dhar Chinguetti de Atar; actualización...», continuaba lo siguiente: «... después de haber dejado el puerto de Tenerife y al cabo de trece días de navegación con viento favorable, comenzamos a ver en el horizonte, a la altura del Cabo Bojador (Bu Yeidur), desde donde iniciaríamos el viaje de cabotaje hacia el sur, la larga y alta franja marrón, oscura junto al mar, clara y con tintes rojizos en el cielo, indicadora de la costa sahariana y del polvo en suspensión que, levantado por el viento del interior, la cubría; en el desierto era la época de las tormentas de arena, aquella en la que el viento frío *harmattan* del sur, en choque con el suelo caliente, levanta y desmonta las dunas formadas por los alisios.

»No debíamos acercarnos demasiado para evitar, en un mar siempre picado, el peligro que suponían los bajos fondos con su avanzadilla de móviles bancos de arena, muy peligrosos por el desconocimiento de su variable profundidad; la aproximación en su caso debería hacerse por la ruta adecuada y hacia el punto elegido; ruta que decía conocer bien el piloto canario Ramírez, del que se fiaba completamente el inexperimentado capitán de la nave, ya que, como todos los marinos de las islas, dedicados a las pesquerías y a las relaciones comerciales con los saharianos, tenía fama de ser práctico en aquellas costas, de conocer la peligrosidad de las corrientes y de salvar todas las dificultades, incluso las consideradas por otros de insuperables, para encontrar fondeaderos aptos para el desembarco».

A Leopoldo, mi bisabuelo, según contaba, no le gustaba demasiado tal paisaje: «... el calor sahariano que llegaba a La Intrépida proveniente del desierto me asfixia, escribía, y hace que el movi-

miento de la mar, siempre molesto para mí, como animal de tierra que soy —¿en qué hora decidí embarcar!—, me irrite intensamente y saque a la luz todo mi genio; los que sin saberlo se me acercaban conocían bien aquel desagradable pronto que me superaba.

»Tras fondear un día en la bahía de Río de Oro y doblar, en nuestro avance posterior de cabotaje con viento ligero del norte, Cabo Blanco (Râs Nouadhibou), superar Râs Agâdir y Râs Tafarit, a la vista de Râs Iouik —seguía relatando— aquello fue a peor, los *djins* del desierto se habían desatado; el cielo se había oscurecido por completo, una lluvia fuerte nos golpeaba con fuerza y el choque de los vientos y de las peligrosas corrientes contrarias de aquella parte de la costa tendían a separarnos de nuestro objetivo, la isla de Tidra, haciendo danzar a la goleta de un lado a otro en unas aguas, antes tranquilas y verdes, ahora cada vez más movidas y oscuras, con algas arrancadas flotando en la superficie.

»Así, con aquella deriva resultó imposible eludir el peligroso bajío arenoso de Argín, un banco que, debido a sus constantes cambios de forma de un tiempo a otro, se sabía dónde estaba, pero de forma imprecisa, de manera que las cartas no lo señalaban con exactitud.

»Pasado un tiempo, los golpes de mar del temporal, cada vez más violentos, hacían cabecear y oscilar de través la nave con fuerza. Ante tal situación, el piloto, temiendo que la goleta, a pesar de su escaso calado, abordara alguna de las habituales barras de arena y rocas de la zona, se situó en la proa y, agarrándose al nacimiento del bauprés, trataba de señalar al capitán, que había tomado en sus manos el timón, la ruta más adecuada, verificando desde lejos, con la presencia de arena revuelta en la superficie del agua, la proximidad de los bajíos; asunto en extremo difícil dada la distancia entre ambos, el juego con intermediarios en las alertas, la propia situación y la hora de luz, ya que estaba atardeciendo. Así las cosas, a pesar de toda su experiencia, ese fue el comienzo de nuestra mala suerte.

»A las dos horas de tormenta y a una milla de la costa o menos, a la altura ya de Râs Iouik, su intensidad había ya aumentado

ostensiblemente, al punto de llegar a preocupar al comandante y a los más viejos de la tripulación, rabiosos ante su nefasta indecisión, mientras que los más jóvenes parecían estar como petrificados ante la furia de las olas. En mi caso, ante la previsión de lo peor, me hice con alguno de los elementos que bajo ningún concepto quería perder: mi diario y el pequeño retrato de mi familia, a lo que añadí algunas piezas de plata.

»De repente, la furia del viento rompió parte del cordaje, rasgó parte del velacho y la goleta cabeceó peligrosamente; la dirección de la nave se complicaba. Mientras tanto, el piloto gritaba y gesticulaba, pero la lluvia, el viento que arreciaba con fuerza y el ruido del oleaje dificultaban escucharle, con lo que cualquier aviso a tiempo era inútil; y así fue como en un abrir y cerrar de ojos el naufragio se preparó.

»A pesar de su poco calado, la goleta pasó rozando un bajo a babor y notamos la fuerte fricción, oyendo al tiempo el gemido de la nave; el casco no sufrió, pero el timón se hizo astillas al caer la popa en movimiento atravesado. Ahora estábamos sin gobierno y a merced de los elementos, solo quedaba prepararse para lo peor.

»Mientras intentábamos arriar las velas que quedaban para descargar trapo, la goleta giró sobre sí misma y levantó la proa, dejando por un momento el casco en el aire; la caída sobre un banco de arena y roca fue con tal fuerza y sequedad que abrió la proa como si fuera una nuez; al tiempo, Ramírez, el piloto, fue tragado por el mar; los hombres que se encontraban sobre las velas cayeron estrellándose sobre la cubierta muriendo en el acto y el capitán Tafalla, que, como yo, salió despedido de la toldilla del timón, se partió el cuello al caer sobre el cordaje apilado al lado.

»Atontado por el golpe, miré a mi alrededor buscando en los demás una salida a la situación, pero no hubo tiempo, el barco escoró de babor y los que aún quedábamos a bordo caímos al mar arrastrados por las olas, que barrieron violentamente la cubierta.

»El frío del agua me despejó un tanto, lo suficiente como para poder agarrarme ansiosamente a un entablado procedente de la

quilla del barco y, ¡menos mal!, porque mi nadar como hombre de secano era muy pobre. Al rato pude ver la goleta, que, inundándose por la gran vía abierta en la proa, se hundía de popa, y escuchar, sin verlos, los angustiados gritos de mis compañeros; en ese momento pensé que aquel madero iba a ser mi ataúd, ya que seguramente moriría aferrado a él.

»De pronto vi cerca a Zacarías, el factor de la expedición, que luchaba por mantenerse a flote, le grité y nadando se abrazó, agotado, a mi tabla de salvación.

»Los lamentos y gritos de desesperación de los otros náufragos cesaron; deseé que hubieran tenido suerte, que siguieran flotando con la esperanza de sobrevivir, esperanza que yo no quería perder.



»En mi aflicción, mi pensamiento voló hacia mi casa y, curiosamente, ya no sentí temor; había escuchado historias de náufragos que decían haber encontrado la paz en medio de la tormenta recordando a los suyos antes de morir. Así, tras repasar mi vida a gran velocidad y después de hacer lo que pudiera ser mi testamen-

to con total lucidez, asumí el final con tranquilidad; la muerte ya no importaba.

»Pasado un tiempo, el escozor de las heridas de la cara y la quemazón de la sal en los ojos me sacaron de aquel estado de ensoñación. Leonor, mi mujer, y mi pequeño hijo Ignacio no merecían mi desaparición, ¡tenía que regresar! Así que, preso de una euforia desmedida, me puse a patallar en el agua como un poseso, con la intención de llegar a la playa que intuía no demasiado lejana mientras trataba de estimular al factor, que, entrado en pánico, con la cara apoyada en el madero y repitiendo con voz casi inaudible: “¡Dios mío, ayúdanos!, ¡Dios mío, ayúdanos!...”, parecía estar fuera de sí, en otro mundo... Dios podría o no sacarnos de aquella situación, salvarnos, pero lo cierto es que no podíamos abandonarnos en sus manos.

»Al decirle que sabía que la costa estaba cerca, Zacarías levantó la cabeza y con un profundo, casi un gruñido, “¡Gracias a Dios!”, se unió a mí en el pataleo y, moviendo las piernas todo lo que podíamos para evitar en lo posible ser juguetes de las olas, comenzamos a avanzar lentamente, sin saber si la dirección era realmente la correcta.

»Pasado un tiempo, el cansancio y el frío que nos atenazaba hizo que la desesperación y el entumecimiento regresara a nosotros; sin embargo, cuando comenzábamos a darnos por perdidos, una de mis piernas rozó algo bajo las aguas. El temor a que fuera un tiburón o un marrajo, abundantes por aquella zona, me hicieron, lleno de miedo, patallar con más fuerza.

»De repente el oleaje nos elevó hasta su cresta con rabia y cuando descendimos, el golpe fue más fuerte, ¡era fondo!, ¡tocaba fondo! Avisando a mi compañero, esperamos a que el oleaje, que ahora nos había levantado otra vez, nos volviera a bajar, y entonces nos pusimos en pie. Y así, sin soltar el madero y saltando, subiendo y bajando al compás de las olas, avanzamos a trompicones en aquel mar encrespado hacia la línea blanca, fluorescente en la noche, de la rompiente, ¡la playa al fin!

»Tendidos en la arena, tiritando de frío y agotados, a pesar de la angustia que sentíamos por el mañana, nos dormimos acurrucados el uno contra el otro. Nos habíamos salvado del naufragio, pero ¿qué sería de nuestro futuro en aquella costa desértica, anuncio del infierno del interior, sin agua, sin alimentos y con la posibilidad de caer en manos de los asesinos que la recorrían?».

Al día siguiente, mientras comíamos, el visitante y portador del diario, Ahmed uld Sidi Mohamed uld Liasa uld Abdallah, Leopoldo, según decía llamarse de segundo nombre, sustitutivo del apodo que todo saharauí tiene, en honor a nuestro común bisabuelo, bajo el compromiso de aclarar siempre lo leído, puntualizó que había escuchado de boca de algunos de los ancianos de su tribu, aquella de los *erguibat*, tribu *arab* de gran prestigio guerrero y descendiente de los bereberes *sanhaja*, habitantes primitivos del Sáhara, que en aquella costa, la que se extiende desde el Cabo Blanco (*Râs Nouâd-hibou*) hasta Nouâmgar, conocida como la costa del *gaxxi* o de los ladrones por los pillajes que se realizaban a lo largo de la misma, hubo tiempo atrás una época en la que los naufragios eran corrientes y que los supervivientes, fuera de su origen o procedencia, en cuanto cristianos, eran asesinados, o bien esclavizados, siempre y cuando intuyeran el valor que, por su categoría, podría reportarles su rescate, lo que no evitaba que hasta lograrlo, si no morían antes, no fueran maltratados.

—Castigo justo de *Allah* por sus robos y saqueo— arguyó Ahmed con seriedad y contundencia a pesar de no ser religioso en extremo.

Aquellos, comerciaron más que piratearon, pero con el tiempo tan noble ocupación, noble solo cuando el beneficio era justo para las partes, llegó a derivar, por el brillo del oro traído de Malí y de

Sudán, hacia la incompreensión y el engaño, a pesar de la equiparación de precios marcada por sus respectivas autoridades. En tales circunstancias se llegaba incluso al enfrentamiento violento con los nativos, a los que, tras someterlos, robaban o mataban; de ahí la natural desconfianza y hostilidad de los saharianos hacia todo lo que llegara del mar y de ahí también la peligrosidad de las escasas incursiones hacia el interior.

A pesar de todo, los nativos, al margen de sus recelos, nunca rechazaban cualquier oportunidad que consideraran ventajosa para comerciar con los infieles, sobre todo cuando percibían ganancia en lo intercambiado; momento a partir del cual solicitaban continuos regalos como compensación a las facilidades dadas para trapichear en su territorio.

Esto había sido así con los portugueses, los primeros llegados allí hacía unos cuatrocientos años e instalados más tarde en la factoría de Argín, situada en la isla del mismo nombre o de Tidra, convertida luego en fortaleza debido a las frecuentes escaramuzas con los indígenas ansiosos por saquearla; isla que, a pesar de ser un paraíso para las aves y estar rodeada por un mar abundante en peces y crustáceos, los nativos la consideraban llena de *djins*, tal vez atraídos por los ocupantes europeos, a su vez rivales y poco amigos entre sí.

Demonios que, creados por *Allah*, mucho antes que naciera Adán, de un oscuro fuego sin humo, siempre están cerca del mal, siendo, en consecuencia, el origen todos los malos pensamientos y comportamientos de los que habitan el desierto.

Para ellos, ningún cristiano, fuera de donde fuera, quedaba libre de culpa por el mero hecho de serlo, por eso, en el sentir supersticioso de los moros, encontrarse con uno de ellos era signo de mala suerte.

Eran culpables por no saber rezar a *Allah* o, en sustitución, no contar con algún amuleto que contuviera versículos del Corán en su interior; razón por la que, como castigo divino, aplicado por la fuerza maléfica de los *djins*, algunos naufragaban y otros se ahogaban.

Con tal razonamiento, era posible que se creyera que en el barco de nuestro común bisabuelo no se albergaban buenas intenciones y que traían con ellas el mal, siendo por eso que su tripulación murió y él pagó durante un tiempo con la angustia de malvivir en el desierto.

—*Allah* quería que comprendiera —aseveró Ahmed con rotundidad— y así fue hasta que pudo decidir la elección del camino correcto de su vida.

«Serían alrededor de las seis de la mañana —seguía el diario— cuando nos despertamos. Estábamos entumecidos por el esfuerzo de la noche anterior, sedientos por el agua de mar tragada, quemados por el sol, las heridas resacas, tensas y llenas de moscas, los ojos irritados por la sal; y al ver los cadáveres de dos tripulantes al borde del mar tomamos cuenta de nuestra soledad y conciencia de la realidad. Desmoralizados, comprendimos que ahora comenzaba el naufragio en tierra.

»Aquella playa infinita, *aftasa* según los saharauis, de norte a sur presentaba al frente, hacia el interior, una duna medianamente alta extendida a lo largo de todo lo que veíamos de costa llena de conchas y de restos de algas resacas; eran el límite máximo de las mareas vivas y parte de las estribaciones finales de la cadena de dunas amarillas y blanquecinas del Azeffâl.

»Subiéndonos a ella y mirando hacia el interior, vimos el infierno que nos esperaba, un arenal inmenso, descarnado y reverberante solo roto por algunas espinosas acacias.

»Entonces decidimos andar hacia el sur siguiendo el borde del mar, donde la arena era más firme y más fría, ya que habíamos

perdido el calzado en el mar, en la esperanza de llegar a la zona donde creíamos, según noticias oídas en Tenerife, que podíamos encontrar algún campamento cercano a la arenosa isla de Tidra y a su fuerte. Además, durante el acercamiento a la playa, había creído ver en aquella dirección la luz rojiza de algunos fuegos.

»Al cabo de unas tres horas de agotadora marcha, el calor comenzó a apretar anunciando un ardiente mediodía y la sed reapareció con fuerza. Zacarías, paticorto y grueso cincuentón, con una herida abierta en la pierna derecha, sufría más que yo. Agotado, sudando copiosamente y respirando con dificultad, se paraba resoplando a cada momento desorientado, con la mirada perdida, así es que decidí dejarle, cubriendo su cabeza con parte de su destrozada ropa a la escasa sombra de una pequeña *talha* y continuar hasta llegar al inicio de una gran curva de playa, para ver si aparecía tras ella el tan deseado campamento.

»Al decirnos adiós, a pesar de haber tratado de confortarle con la idea, que sabía imposible, de que vendrían a buscarnos y de que volvería a ver a su familia, sus ojos en mirada suplicante me dieron la sensación de despedida definitiva; era como aquella, trascendida a lo humano, del animal que intuye que va a ser sacrificado.

»Tras unas dos horas de andar bajo aquel calor abrasador, pesado y fatigoso, tenía la boca completamente seca, ansiosa de agua, con regusto a sal; el estómago con intermitentes retortijones avisando el hambre; el cuerpo pegajoso de un sudor que olía a podrido, perseguido por un enjambre de moscas; los pies descalzos, llenos de llagas, los arrastraba penosamente y las caídas menudeaban, tardando cada vez más en ponerme en pie.

»Sin conciencia de cuándo ocurrió, el agotamiento me derribó

definitivamente. Tumbado sobre la arena sin poder levantarme, sentía como las fuerzas me abandonaban; la cabeza me daba vueltas, un profundo sopor se apoderaba lentamente de mí y la vista se nublaba; ya no sentía desesperación ni angustia, estaba tranquilo asumiendo mi destino, esperando la muerte; solo deseaba que llegara pronto, que no me consumiese lentamente.

»Había escuchado historias sobre la desesperación de los que morían de sed en el desierto y el procedimiento empleado por los nómadas para evitar el sufrimiento en tal trance: presentaban, según se contaba, la nuca al sol para que, hirviéndoles la sangre de camino hacia el cerebro, la muerte les sobreviniera con rapidez; encontrados así algunos de sus cadáveres, de rodillas con la cabeza apoyada en la arena, se creía que el final les había llegado orando a *Allah*. Este no era mi caso. Además de no tener fuerzas para llegar a tal postura, ya había rezado todo lo que tenía que rezar. Él sabía perfectamente lo que yo era y yo sabía exactamente, no creyendo en los milagros, lo que de Él podía esperar.

»Antes de perder el conocimiento pude oír detrás de mí unos gritos agudos, los habituales en los nómadas cuando quieren manifestar su alegría o su agresividad en el combate; pensé que al final tendría suerte y que sería recogido por algún grupo de pastores o por alguna caravana, *akabar*, de paso por la zona.

»Una aguda e intensa punzada de dolor en el costado derecho me hizo volver en sí. Al ver a un grupo de nómadas *bidán*, enturbantados de negro ocultando su rostro y con sus largos y sucios *draas* movidos por el viento, creí estar salvado, pero al intentar incorporarme, los gritos de *quell nasrani* (perro cristiano) y la fuerte patada que recibí en el costado ya dolorido me hicieron comprender la triste realidad y lo oscuro de mi futuro: me encontraba en manos de una partida de bárbaros, de bandidos, de un grupo de *djich*, de los depredadores de la costa, de los *imraguem*, los sin nombre».